

ESPEJOS

(La otra cara de mí)

Fernando M. Barletta

Agradecimientos,

Por su invaluable ayuda, agradezco la presencia de Gustavo Montello, Eduardo Podestá y Marita Fernández, quienes colaboraron para que este libro terminara de manifestarse.

¡Gracias, amigos!

Para comunicarse con el autor, puede hacerlo a la dirección de correo electrónico: espejos@fernandobarletta.com.ar

PARTE I:

Lo Sagrado

Capítulo 1: La paradoja

El sonido de la sirena de la policía comenzó a sonar y el reflejo de las luces azules intermitentes fue haciéndose más brillante entrando por la ventana de la cocina. Fui tomando consciencia lentamente; estaba sentado, reconocí las paredes de azulejos verdes, la mesa, mis propias manos, las piernas, y sentí el contacto de mis pies en el suelo. Levanté la vista y la vi parada más allá, sobre la puerta de entrada a la cocina. Sus ojos bien abiertos y mirada intensa me daban la impresión de que estaba asustada.

— ¿Qué pasó? —pregunté recuperando las sensaciones en el resto del cuerpo.

— Te desvaneciste.

— Estoy bien. Me bajó la presión, nada más.

— ¡No te bajó la presión! —dijo con vehemencia—. ¡Te desmayaste!

— Perdí un poco la conciencia —me defendí.

Me explicó que me había puesto duro, con la mirada perdida, y que parecía como si me hubiera dormido. Dejé de prestarle atención unos instantes, mi respiración se aceleraba un poco y sentí que la energía recobraba su intensidad. Atendí a los reflejos que ingresaban por la ventana.

— ¿Y esas luces?

— Llamé al 911

— ¡¿Qué?! ¡¿Llamaste al 911?!

— ¡Me asusté, Edgardo! ¡Qué querías que hiciera! Se te endureció el cuerpo—exclamó aún desde la puerta.

— No... ¿Para qué?

— Pensé en un ACV.

— Ya estoy bien, fue la presión. Me pasa algunas veces, no te asustes —expliqué más para mí antes que para ella.

— Ya está. Ahí llegó la policía y ahora viene la ambulancia.

— Deciles que ya estoy mejor, que no es necesario.

— Que te revisen y listo. Si estás bien se van a ir.

Me la quedé mirando un momento, hice una pequeña mueca como señal de fastidio y de pronto me acordé de Marquitos.

— ¿Tu hijo?

— Duerme.

— ¿Se asustó?

— Ni se enteró.

Ella se veía con mezcla de susto y enojo al mismo tiempo; verla en ese estado me hacía preguntarle si la estaba molestando. Tuve un ligero sentimiento de culpa y pensé que todo esto era una cagada; yo había querido que habláramos de nosotros, de lo que nos pasaba... muchas cosas para decirle, me había estudiado todo el libreto... El sonido del portero eléctrico me interrumpió.

— Ahí está la ambulancia —anticipó ella antes de contestar.

— Decile que se vaya —insistí.

— No se puede. Los llamé y tienen que revisarte.

Me la quedé mirando unos instantes imaginando lo que iba a pensar de mí cuando todo esto pasara; en ella había nerviosismo y preocupación, y su tono al hablar mostraba su enfado. Me preguntó si necesitaba algo y al responderle que no se dirigió hacia la puerta abierta de la entrada de su departamento. Dos minutos después, escuché su voz en el pasillo. Al instante apareció una mujer vestida de verde agua con el ambo típico de los médicos; por detrás, lo hizo un fulano con cara amable y pinta de enfermero. Sin saludar, la doctora me preguntó lo que me había pasado.

— Nada, me bajó la presión y perdí la conciencia unos segundos.

— ¿Te pasa seguido? —preguntó mientras que, con movimientos automáticos, colocaba la cinta apretando mi brazo izquierdo para tomarme la presión.

— Que me desmayo es la primera vez. Pero soy de presión normalmente baja.

Miré a la doctora y luego a ella que se mantenía lejos de mí. Fue ahí que reparé en el detalle de que nunca se había acercado, la recordaba siempre en el otro costado de la cocina.

— A ver, levántate la remera para revisarte el corazón —me pidió la doctora.

— Estoy bien, no me pasó nada.

— Por favor, dale. Así nos quedamos tranquilos.

Volví a bufar y me levanté la remera dejando el pecho al descubierto; al instante, la doctora apoyó el extremo del estetoscopio a la altura del corazón y comenzó a revisarme. Obedecí a sus indicaciones mirándola con expectativa y desinterés al mismo tiempo, sabiendo que todo estaba bien; simplemente me había bajado la presión muy rápido sin darme tiempo a agachar la cabeza para que la sangre llegara al cerebro, mecanismo que siempre me había dado resultado.

— ¿Sabés qué?... te vamos a llevar al hospital para hacer un electrocardiograma —explicó la doctora mientras guardaba todo.

— La puta madre —solté por lo bajo—. ¿Es necesario?

— Sí, una cosita no está sonando del todo normal y para

quedarnos tranquilos es preferible hacerte un electro.

— ¿A dónde vamos?

— Al hospital más cercano. Agarrá tus cosas y te llevamos.

Acomodé mi remera y la miré a ella que no decía una palabra, su cara estaba con la misma expresión de preocupación y molestia que al principio. Preferí recoger mis cosas sin decirle nada. Cuando pasé por su lado me pidió disculpas; dijo que se había asustado, que estaba preocupada por mí salud. Le repetí otra vez que no era nada.

— No te puedo acompañar, está mi hijo durmiendo...

— Ya está, no te preocupes —le respondí con desencanto.

También yo estaba molesto, me parecía que había sido una exageración haber llamado a la ambulancia por esta pelotudez. Encima, no pudimos hablar.

— Avisame por celular cómo te fue —me pidió de apuro mientras la besaba y me despedía—. Si necesitás algo lo ubico a mi hijo y te voy a buscar —agregó más como una disculpa que por interés genuino.

— Sí, cualquier cosa te aviso —respondí automáticamente, pero su mirada me hacía pensar que era mejor no pedirle nada.

La doctora y el otro tipo ya habían cruzado la puerta y me esperaban en el pasillo del edificio. Salí y escuché que por detrás ella me seguía hasta el umbral. Giré la cabeza mirándola fugazmente, no sabía muy bien si lo que yo sentía era culpa por mi desmayo, o si la estaba acusando por haber llamado a la emergencia. Creo que le guiñé un ojo, y ella cerró la puerta de su departamento rápidamente sin hacer gesto alguno.

Sintiéndome todavía un poco débil, bajé las escaleras con lentitud; como era de esperar, abajo estaban Irma y Raúl fijándose lo que ocurría. Me saludaron amablemente deseando que no fuera nada grave mientras yo abría la puerta para salir al jardincito sobre la entrada. «¡Aire libre!», exclamé inhalando con ganas. Ese frescor de la noche me despertó un poco más; mi conciencia funcionaba casi normal y pensaba veloz, me inquietaba algún tumulto de vecinos curiosos. Al mirar a lo largo de la cuadra parecía todo tranquilo, como si nadie se hubiera alarmado por estar la policía estacionada en la calle. Sentí alivio al pensar eso. Mientras ponía un pie en la parte trasera de la ambulancia para sentarme en la camilla, un oficial se acercó para que le firmara una planilla no sé de qué y le diera mi número de documento. Lo hice mecánicamente, sin fijarme lo que era, y el tipo se fue rápido agradeciendo con un gesto.

— ¿Dónde me llevan? —pregunté cuando arrancaron.

— Al Tornú —respondió la doctora—. ¿Cómo te sentís?

— ¿Al Pirovano no se puede?

— No podemos, por esta dirección debemos llevarte al Tornú.

— Qué lástima, el Pirovano me queda cerca de casa.

— ¿Cómo te sentís? —repitió la pregunta con mayor énfasis.

Respondí que me sentía mejor, pero como la presión me volvía a bajar, preferí recostarme sobre la camilla respirando hondo para estabilizarla otra vez. Me quedé callado escuchando a la doctora y al chofer conversar por los faltantes de medicamentos en los hospitales; sonreí imaginando la posibilidad de que me tuvieran que dar alguno, pero me tranquilicé diciendo que solamente harían un chequeo y nada más: «Cuando todo esto termine, voy a hacer un control a través de la obra social», me sugerí mientras observaba cómo el chofer maniobraba la ambulancia para estacionar. Al bajar me sentía más restablecido, caminaba casi con normalidad al entrar junto a la doctora por la guardia. Me llevó hasta uno de los gabinetes avisándome que me sentara en la camilla a la espera de la enfermera que me haría el electro. Me miró un instante, como si estuviera fijándose si yo estaba bien; luego saludó con buena onda y desapareció por una puerta lateral. Le agradecí con una sonrisa en silencio por más que ella ya no estuviera. No había nadie más.

Sentado en esa soledad de una guardia algo deprimente, me quedé pensando en lo que había ocurrido; recordé que nos habíamos puesto a hablar en la cocina, que yo había logrado iniciar una conversación llena de preguntas y que ella, graciosamente, la tomaba como un interrogatorio. Me parecía que había intentado explicarle que me estaba parando en otro lugar después de la última vez que quisimos hacer el amor y no funcionó, pero ella que me corrigió diciendo que la última vez sí habíamos podido, lo habíamos hecho en su habitación. «Es cierto —me dije con humor—, por lo menos existió una última vez de sexo entre nosotros». Me reí del chiste y mi mente continuó divagando en algún pensamiento estúpido, protestando por encontrarme solo en la guardia del hospital mientras ella, seguramente, estaría en la cama leyendo alguno de sus libros.

— Así es tu destino, Edgardo —una voz dijo en mi mente.

— ¡Gracias por el aviso! —respondí al aire con resignación.

Mi diálogo mental se detuvo cuando escuché a una enfermera entrar al gabinete. Saludó apenas y preguntó lo que me pasaba; le expliqué con desgano mientras pedía que me quitara la remera para conectarme los electrodos. Lo hice. Pidió que me acostara, y encendió la máquina. Todo el operativo habrá demandado unos 3 minutos. «Corto», pensé.

— ¿Nombre? —preguntó con sequedad llenando una planilla.

— Edgardo Sandrini.

— ¿Edad?

— 43

— Fecha de nacimiento —dijo como una orden.

— 15 de junio del 75... ¿Cómo salió, señorita? —pregunté de manera cordial buscando ser amigable.

— Bien —respondió con adustez al ir desconectando los cables.

— ¿Sí? ¿Salió bien? —repregunté estúpidamente.

— Sí

— Entonces, ¿me puedo ir?

— ¡No! —exclamó alarmada—. Tiene que esperar a la doctora que lo revise y le dé el alta —agregó cortante cruzando la puerta sin saludar y perdiéndose por un pasillo hacia la nada misma.

Me sentía relativamente tranquilo por el estado de mi salud, esa especie de debilidad corporal la entendía más como una cuestión de energía antes que como una complicación orgánica. «Fue solo una mala pasada de mi emoción, de mis nervios, y el chequeo confirma que mi corazón funciona perfectamente», me expliqué para conformarme. El reloj me avisaba que era la una y veinte de la noche; consideré que a esa hora iba a ser tedioso regresar en bondi a casa y, seguramente, tendría que tomarme un taxi. No se me ocurría qué hacer mientras esperaba a la doctora. Decidí recostarme nuevamente en la camilla y practicar algunas respiraciones profundas.

Miré nuevamente el reloj: una y media. «La puta que lo parió, ¡esto es un embole!», expresé con fastidio. Me paré y salí hasta un pasillo lateral; aunque no lo recordaba bien, parecía el lugar por dónde había llegado. Decidí alejarme un poco más cuidando de que nadie lo advirtiera. En el pasillo, una mujer de limpieza le pasaba con desdén un cepillo al piso; miró sin decirme nada y fui yo el que le dijo buenas noches. Ella respondió educadamente mientras yo sacaba el celular simulando que salía al exterior buscando mejor señal. Encontré una puerta que daba a un jardín y salí; nadie me dijo nada, ni siquiera un tipo que buscaba algo en el baúl de un coche estacionado en el lugar para médicos. Intenté identificar la puerta de salida pero no lo logré desde el sitio donde estaba parado; pensé un instante, y preferí regresar a la guardia para ver si venía la doctora.

Cuando llegué al gabinete no había ninguna enfermera para preguntar por la doctora. Me quedé allí parado dos minutos y decidí no esperar a nadie, con decisión y seguridad caminé por el mismo pasillo pero esta vez elegí salir por otra puerta que parecía la principal. Acerté, esa daba al camino interno hasta la calle. Detuve el paso y miré hacia atrás, nadie parecía interesado en mí o en lo que yo estaba haciendo. Abotoné mi campera y... ¡me escapé! Reconocer que me había escapado me hizo sonreír, no sabía bien por qué, tal vez sentirlo como una travesura infantil, o un desaffo al destino buscando libertad.

Por instinto tuve el impulso de cruzar hasta la parada de colectivos y

tuve suerte, venía uno a dos cuadras. Cuando me senté cómodamente en un asiento individual, me di cuenta de que jamás le había avisado que yo estaba bien, que el resultado del electro había dado normal. Tenía ganas de escuchar su voz y pensé llamarla; dudé unos instantes y finalmente desistí, le mandé un mensajito por celular mintiéndole que me habían dado el alta y que estaba regresando a casa. Respondió rápido preguntando si necesitaba algo, y cuando le aclaré que me podía arreglar solo, saludó avisándome que a la tarde siguiente pasaría por mi casa a comprobar que efectivamente me sintiera mejor. Su respuesta me resultó igual de lejana que su saludo al despedirme en la puerta de su casa. Hice un gesto de resignación y abrí apenas la ventanilla todavía con el celular en la mano; el aire en la cara me provocó la misma sensación que antes, la de un frescor que me despertaba un poco más. Me puse a mirar hacia fuera pero con la vista perdida dentro de mí. Fui repasando nuevamente todo lo sucedido y de golpe, salté hasta el final, a una ambulancia que había ido a buscarme porque mi corazón estaba débil. Me salió prestar atención a esa palabra: debilidad. Fue como un estigma que me persiguió durante toda la vida, y que recién pude contrarrestarla cuando gané impulso como escritor y comencé a dar mis talleres ayudando a las personas a soltarse. Me dispersé en el pensamiento, lamentando esta característica y mi mente comenzó a prestar atención a la avenida por la que transitábamos. Nos detuvo un semáforo y el instinto me hizo correr la vista hacia una pareja, estaban parados un poco más allá de la esquina, besándose apasionadamente. «¡Cuánto amor!», pensé envidiándolos. Y allí nuevamente apareció una voz interna, como una lámpara que se enciende de golpe: «Edgardo, tu corazón es lo más fuerte que has tenido en esta relación», me avisaba.

Silencio. Esperé unos instantes para ver si volvía. Silencio.

Sentí los ojos un poco más húmedos. «Es cierto –repetí–, mi corazón no está débil, ¡si es lo único que me ha funcionado desde el principio! Y lo hizo desde aquel primer encuentro, cuando detecté que ella acomodaba su lona algo distante a la mía, como una manera de tomar distancia. Es una paradoja que yo haya terminado esta noche en la guardia de un hospital acusado de corazón débil, cuando la que puso distancias, barreras, y que de forma continua construyó murallas... fue ella. Si hay alguien con el corazón débil en nuestra relación, no soy yo», dije riendo mientras me caían algunas lágrimas.

Suspiré profundo y sequé mis ojos. «¿Y entonces? ¿Por qué tuve que ser yo el que terminó en el hospital? ¿Habría pasado como aquel día en mi casa, cuando lloré las lágrimas que ella no podía largar?», terminé cuestionándome. No pude responderme, al finalizar mi pregunta la casualidad quiso que el colectivo llegase a la parada para descender. Bajé, entré a ca-

sa y, luego de sacar a Galileo, me puse a escribir sobre lo que me había dado cuenta.